

Byung-Chul Han, *Caras de la muerte. Investigaciones filosóficas sobre la muerte*, Alberto Ciria (trad.). Barcelona, Herder, 2021.

Una vez más, Byung-Chul Han, *vedette* de la filosofía de nuestros días, incursiona en el inextricable universo del óbito. Con franqueza reconozco que los filotanáticos aguardamos con sutil impaciencia las obras que nacen con el fin de iluminar la muerte. Cada libro, cada artículo, cada tribu de palabras es un aliciente más para embarrarse, con gusto, además, en estos lodazales. La impecable obra de Han —traducida al español por Alberto Ciria— resulta no menos emocionante. Sin embargo, zambulle al lector en una piscina de impotencia reveladora. A medida que uno bucea en la obra, el escozor de ojos, que no sería sino el calado de su pensamiento, se intensifica hasta hacer perder a uno la compostura ante la muerte y, en consecuencia, ante la vida.

Caras de la muerte supone una agudización del pensamiento haniano en torno a la muerte, en términos generales, pero también sobre el horror por la pérdida irrevocable. ¿Quién no, alguna vez, ha sentido verdadero pavor por el fallecimiento de un ser amado, de un animal querido o, sin más, por el fallecimiento de una vida? El horror que acarrea la muerte, en ocasiones saldado con teorías filosóficas originarias de una radical postura epicúrea, es connatural al ser humano. No obstante, como escribiera Bernard N. Schumacher (2018: 13) en *Muerte y mortalidad en la filosofía contemporánea*¹, «con el fin de proteger la felicidad, el hombre occidental contemporáneo se las ha ingeniado para dejar de pensar sobre la muerte y, más particularmente, sobre su propia muerte, [...] el acto de filosofar se entendía en la tradición filosófica como una preparación para la muerte, como una meditación sobre la vida y la muerte». Según un dicho popular, ¿no reside la felicidad en la ignorancia?

Al margen de lo terrorífico que orbita en torno al óbito, cabría agregar que Han encuentra en el mismo cavilar la muerte una retórica transformadora o, según la jerga canettiana, una retórica de la *transformación*. La muerte se

¹ Cfr. González Jiménez-Peña, A. (2018). «Schumacher, Bernard N., *Muerte y mortalidad en la filosofía contemporánea*, Vicente Merlo Lillo (trad.). Barcelona: Herder Editorial, 2018», *Contrastes. Revista Internacional de Filosofía* 23 (2), pp. 145-148. doi: <https://doi.org/10.24310/Contrastescontrastes.v23i2>



transforma en fenómeno, en vivencia, en *algo* vivo que paulatinamente, conforme uno lee de forma inmersiva la obra, se arrima al ser humano y éste, *lato sensu*, a la muerte se arrima a fin de traducir su lengua, su encriptado idioma. «Habrá que dejar que la muerte hable, concederle la palabra, consciente o inconscientemente, hasta que ella le quite a uno toda palabra y toda expresión, hasta que le haga imposible toda posibilidad de expresarse, hasta que se *funda* con la naturaleza indiferente, con su mudez...» (Han, 2020: 10). Afinar los oídos y hacer el esfuerzo de descifrar las cacofonías que la muerte guarda para los mortales.

Como cualquier gran guerrero de la Filosofía, Han acude a la sapiencia de Martin Heidegger, Emmanuel Lévinas, Jacques Derrida, Franz Kafka, Elias Canetti, Georg W. F. Hegel, Roland Barthes, Friedrich Nietzsche, Gilles Deleuze, Søren Kierkegaard, Theodor Adorno y Peter Handke, entre otros, que sirven de pilar al filósofo surcoreano para erigir su visión poliédrica sobre la finitud. Y así como los traductores acuden a los diccionarios para afianzar la validez de su traducción, Han acude a los grandes nombres de la Filosofía para afianzarse y aferrarse a una visión tanática que, por supuesto, no deja indiferente a nadie.

Vida y muerte, en concreto el traumatismo del morir y el proceso de estar muriendo: el clásico ser-para-la-muerte heideggeriano, se ridiculizan. Han (2020: 32) asevera que «en esta sociedad de la que ha desaparecido la muerte, y que precisamente por ello es mortal, la muerte pasa a ser tema de entretenimiento. La industria del entretenimiento produce la risa a costa de la muerte y de los muertos». Es la razón por la cual la muerte es un tema tabú. Justamente porque se difumina en el entretenimiento o se torna risible, muere la conciencia de la muerte, desaparece a cuentagotas la *vitalidad* de ser conscientes de la muerte y del morir que es nuestro. Repara uno en trivialidades.

¿Cómo, entonces, superar la muerte? ¿Cómo vencer la acometida impetuosa que la muerte nos propina? ¿Dónde resguardarnos de la absoluta negación que resulta ser la muerte? Según Han, el Eros, el amor, nos salva. En *Muerte y alteridad* —traducción a cargo de Alberto Ciria— Han (2018: 12) escribe: «El amor pasa a ser una estrategia para sobrevivir. Cuando uno se pasa al otro, cuando uno es el otro, cuando uno ama olvidándose de sí, mi

muerte ya no existe. Quien ama no muere. El miedo desaparece»; y «En relación con la muerte uno quizá siempre habrá sido un mago, quizá uno siempre se habrá entonado a sí mismo una canción mágica. El amor que se presenta como sentido infinito e inmortal promete el “final de la muerte”. [...] el moribundo Iván Ilich triunfa sobre la muerte. Se debe superar la muerte con la fuerza del amor» (Han, 2018: 117-118).

En *Caras de la muerte*, reafirme su postura: «Es el otro quien proporciona una reconciliación, una superación de la tensión antagónica entre la muerte y el yo. El otro me anima para que vuelva a erguirme. El yo sobrevive a la muerte gracias al eros. El eros me salva de mi posición yacente mortal» (2020: 60). La huella levinasiana es innegable. El amor y el *otro* auxilian a uno de la muerte. Y si bien el amor vulnera al yo, éste «sobrevive a esta herida» (2020: 60). El amor actúa ante y contra la pasividad de la muerte, en algún punto alivia y mitiga el sobrepeso de fallecer. Tal vez, alegar con rotundidad que el amor salva al yo de desaparecer sea exageradamente arriesgado. Sin embargo, hay verdad ahí. El amor se pronuncia, con seguridad, victorioso ante la muerte.

Asumir la muerte en la consciencia es, como poco, aporético. Dramático panorama que toma con fuerza y firmeza la mano de uno. Así se siente el ser humano: escoltado por la muerte para el resto de su existencia. Acercarse, pues, al óbito, con sigilo y con la confianza de no enfermar al ocupar la tarea de pensarlo, es una espinosa misión. Perseverar incólume la consciencia aun pensando la muerte, otra misión. Evitar que el pensar la muerte sea un vacile, una más. Con las preguntas adornianas «¿qué es eso?» o «¿qué sabemos en realidad?» la consciencia *vacila*. Se *detiene*. “Estar vuelto hacia la muerte” sería este detenerse vacilando, la *resolución* a vacilar. La consciencia o el saber *vacilan* en vista de la muerte. Esta vacilación hace ver aquello ante lo cual la consciencia se apresta a pasar de largo» (2020: 13).

La muerte amenaza sin dar respiro a quien osa aventurarse a meditarla. Sin escapatoria ni clemencia, la muerte arrinconada al pensador aventurero y le coloca los onerosos grilletes de su trágico destino ineluctable. Byung-Chul Han, con magistral elocuencia, sumerge al lector en las profundas aguas de su existencia —y de su supervivencia, añadiría— y con perspicacia le anima a rumiar

Sección Bibliográfica

su finitud. *Caras de la muerte*, y permítaseme jugar con la palabra del autor, *vacila* al lector arrojándole a uno de los callejones sin salida más oscuros de la vida: el fin.

Schumacher, B. N. (2018). *Muerte y mortalidad en la filosofía contemporánea*. Barcelona: Herder.

Han, B.-C. (2020). *Caras de la muerte. Investigaciones filosóficas sobre la muerte*. Barcelona: Herder.

Han, B.-C. (2018). *Muerte y alteridad*. Barcelona: Herder.

Alejandro G. J. Peña
alejandrogjpena@gmail.com